

ANTICIPOS



EL ZORRO DE ARRIBA Y EL ZORRO DE ABAJO

JOSE MARIA ARGUEDAS

El 2 de diciembre de 1969, cinco días después de haberse disparado un tiro, moría en Lima José María Arguedas, autor de *Los ríos profundos* y *Todas las sangres*, el mayor novelista contemporáneo del Perú. Desgarrado entre sus orígenes hispanos, su infancia quechua y su tardío aprendizaje del español, alcanzó una conciencia particularmente dolorosa de América y de sí mismo, cuya manifestación más brutal y crítica es la novela que terminó días antes de suicidarse: *El zorro de arriba y el zorro de abajo*.

DEL PRIMER DIARIO

En abril de 1968, hace ya algo más de dos años, intenté suicidarme. En mayo de 1944 hizo crisis una dolencia psíquica contralida en la infancia y estuve casi cinco años neutralizado para escribir. El encuentro con una zamba gorda, joven, prostituta, me devolvió eso que los médicos llaman "tono de vida". El encuentro con aquella alegre mujer debió ser el toque sutil, compenetrante que mi cuerpo y alma necesitaban, para recuperar el roto vínculo con todas las

cosas. Cuando ese vínculo se hacía intenso podía transmitir a la palabra la materia de las cosas. Desde ese momento he vivido con interrupciones, algo mutilado. El encuentro con la zamba no pudo rescatar en mí la capacidad plena para la lectura. En tantos años he leído sólo unos cuantos libros. Y ahora estoy otra vez a las puertas del suicidio. Porque, nuevamente, me siento incapaz de luchar bien, de trabajar bien. Y, no desco, como en abril del 68, convertirme en un enfermo inepto, en un castigo inasistible de los acontecimientos.

En abril del 68 esperé muchos días que llegara el día más oportuno para matarme. Mi hermano Aristides tiene un sobre que contiene las reflexiones que explotan por qué no podía liquidarme tal y cual día. Hoy tengo miedo, no a la muerte misma sino a la manera de encontrarla. El revólver es seguro y rápido, pero no es fácil conseguirlo. Me resulta insoportable el doloroso venereo que usan los pobres en Lima para suicidarse; no me acuerdo del nombre de ese insecticida en este momento. Soy cobarde para el dolor físico y seguramente para sentir la muerte. Las píldoras —que me dijeron que matan con toda seguridad— producen una muerte macabunda, cuando matan. Y si no, causan lo que yo tengo, es gente como yo, una pagazón de la muerte en un cuerpo aun fornido. Y esta es una sensación indescriptible; se pelean en uno, sensualmente, poéticamente, el anhelo de vivir y el de morir. Porque quien está como yo, mejor es que muera.

Escribo estas páginas porque se me ha dicho hasta la saciedad que si logro escribir recuperaré la sanidad. Pero como no he podido escribir sobre los temas elegidos, elaborados, pequeños o muy ambiciosos, voy a escribir sobre lo único que me atrae; esto de cómo no das matarse y cómo ahora me devano los sesos buscando una forma de liquidarme con decencia, molestando lo menos posible a quienes lamentarían mi desaparición y a quienes esa desaparición les causará alguna forma de placer. Es maravillosamente inquietante esta preocupación mía, y de muchos, por arreglar el suicidio de modo que ocurra de la mejor forma posible. Creo que es una manifestación natural de la vanidad, de la sana razón y quizás del egoísmo que se presentan bien disfrazados de generosidad, de piedad. Voy a tratar, pues, de mezclar, si puedo, este tema que es el único cuya esencia vivo y siento como para poder transmitirlo a un lector; voy a tratar de mezclarlo y enlazarlo con los motivos elegidos para una novela que, finalmente, decidí bautizar *El zorro de arriba y el zorro de abajo*; también lo mezclaré con todo lo que en tantísimos instantes meido sobre la gente y sobre el Perú, sin que haya estado específicamente comprendidos dentro del plan de la novela.

Anoche resolví ahorcarme en Obrajillo, de Canta, o en San Miguel, en caso de no encontrar un revólver. Ha de ser feo para quienes me descubran, pero me he asegurado de que el ahorcamiento produce una muerte rápida. En Obrajillo y San Miguel podré vivir unos días rascándole la cabeza a los chanchos mastrechos, conversando muy bien con los perros y hasta revolcándome en la tierra con algunos de esos perros chuscos que aceptan mi compañía hasta ese extremo. Muchas veces he conseguido jugar con los perros de los pueblos, como perro con perro. Y así la vida es más vida para uno. Si; no hace quince días que logré rascar la cabeza de un monoma (chanchito) algo grande, en San Miguel de Obrajillo. Medio que quiso huir, pero la dicha de la cascada lo hizo detenerse; empezó a gruñir con delicia, luego (cuando me cuesta encontrar los términos necesarios) se derumbó a poco y, ya echado y con los ojos cerrados, gemía dulcemente. La alta, la altísima cascada que baja desde la insalvable cumbre de rocas, cantaba en el gemido de ese monoma, en sus curvas duras que se convirtieron en suaves; y el sal tibia que había caído de las piedras, mi pecho, cada hoja de los árboles y arbustos, caldeando de plenitud, de armonía, incluso el rostro anguloso y emérgico de mi mujer, ese sol estaba mejor que en ninguna parte en el lenguaje del monoma, en su sueño delicioso. Las cascadas de agua del Perú, como las de San Miguel, que resbalan sobre glaciares, centenares de metros en salto casi perpendicular, y regando andenes donde florecen plantas alimenticias, alentarán en mis ojos instantes antes de morir. Ellas retratan el mundo para los que sabemos cantar en quechua; podríamos quedarnos eternamente oyéndolas; ellas existen por causa de esas moñetas escarpaditas que se ordenan caprichosamente en quebrados tan hondos como la muerte y, nunca más fieras de vida; faldones bravos en que el hombre ha sembrado, ha fabricado chacras con sus dedos y sus sesos y ha plantado árboles que se estiran al cielo desde los precipicios, se estiran con transepe-

El zorro de arriba y el zorro de abajo. [artículo]

Libros y documentos

FECHA DE PUBLICACIÓN

1970

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

El zorro de arriba y el zorro de abajo. [artículo]

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile